



ARTUR DOMOSŁAWSKI

KAPUŚCIŃSKI

NON-FICTION

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Foto: © Łukasz Kasprzycki / Świat Książki

Artur Domosławski (Varsovia, 1967) se licenció en Teatrología. Historiador de formación, su vocación ha sido siempre el periodismo y el reporterismo. Si bien publica periódicamente sus artículos en el *Gazeta Wyborcza*, colabora ocasionalmente en *Polityka*, *Le Monde Diplomatique* –en su edición polaca– y *Krytyka Polityczna*. Asimismo es autor de los ensayos *Chrystus bez karabinu. O pontyfikacie Jana Pawła* [Cristo sin fusil; sobre el pontificado de Juan Pablo II], (1999); *Świat nie na sprzedaż. Rozmowy o globalizacji i kontestacji* [El mundo no está en venta], (2002); *Gorączka latynoamerykańska* [La fiebre latinoamericana] (2004) –un gran éxito de ventas que ha conocido diversas reediciones–, y *Ameryka zbuntowana. Siedemnaście dialogów o ciemnych stronach imperium wolności* [La América rebelada. Diecisiete diálogos en torno a los lados oscuros del imperio de la libertad] (2007), que le valió el premio Beata Pawlack. En sus años de juventud conoció a Kapuściński, a quien siempre profesó una gran admiración. Juntos compartieron intereses profesionales en cuestiones como la problemática en América Latina, los conflictos sociales, la religión o los movimientos alterglobalistas; por ello, a la muerte del celebrado autor polaco, Domosławski se decidió a redactar su biografía, *Kapuściński. Non-Fiction*, cuya publicación en Polonia ha provocado una agria polémica y no poca controversia, aunque el autor sostiene no haber dañado la buena memoria de Kapuściński: «La verdad simplemente demostró ser más complicada que el mito que hemos creado. Yo sigo considerando a Kapuściński mi maestro».

Tres años después de la muerte de Kapuściński –el hombre que elevó el reportaje a la categoría de literatura, que diseccionó como nadie los mecanismos del poder y que se convirtió en la voz de los excluidos–, Artur Domosławski aborda la tarea de desentrañar las claves que rodearon la vida y la obra del célebre reportero polaco: sus relaciones con el régimen comunista, los avatares de su vida privada y, sobre todo, hasta qué punto son fiables los datos que Kapuściński presenta como ciertos en sus obras. Sin embargo, Domosławski entiende que enterrar al mito no es la función de un biógrafo. Como hombre que le conoció bien, como periodista que había vivido experiencias muy similares en la Polonia comunista y que siempre admiró al maestro, sabe cuál es su cometido: revelar al hombre con todos sus claroscuros, una tarea nada sencilla en la que los límites entre realidad y ficción se difuminan, y transmitirnos el mismo mensaje que Kapuściński se esforzó por hacernos llegar durante toda su vida: que sin entender el contexto de una existencia, nadie tiene derecho a juzgarla.

«En las librerías abundan los pequeños libros acerca de grandes personajes. También hay un buen número de grandes libros acerca de personajes insignificantes. Quizá lo que más haya sean libros insignificantes sobre personajes no menos insignificantes. Para contar los grandes libros sobre grandes personajes nos bastan los dedos de una mano, y este libro es uno de ellos.»

Zygmunt Bauman

Todas las personas tienen una vida pública, una privada y una secreta.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
a su biógrafo Gerald Martin

Gran popularidad de todo tipo de biografías (grandes secciones dedicadas a libros biográficos en las librerías). Hay en ello cierto reflejo de autodefensa de la persona ante la creciente tendencia del mundo al anonimato. No ha desaparecido de la gente la necesidad de frecuentar (aunque sólo sea a través de la lectura) a alguien concreto, ese alguien que tiene un nombre, un rostro, unas costumbres, unos deseos. El éxito de las biografías también se debe a que la gente quiere ver como esa gran figura ha llegado a su grandeza, quiere escudriñar en su estilo.

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI,
Lapidarium

El debate sobre la pertinencia de escribir biografías de escritores no tiene fin. Unos opinan que lo único que debemos conocer de un autor es su obra; otros aman tanto los libros que quieren saber más de las personas que los han escrito. Existe siempre la posibilidad de que la vida de un escritor arroje nueva luz a su obra y profundice la comprensión de la misma.

IAN BURUMA,
columnista y escritor

La vida de un escritor constituye un territorio legítimo de investigación, y no se debe ignorar la verdad sobre él. Al final puede resultar que un relato exhaustivo de la vida de un autor sea una creación literaria que, mejor que las obras del mismo autor, ilumine la cultura de una época o un momento histórico determinado.

V. S. NAIPAUL,
premio Nobel de Literatura en 2001

Un libro biográfico nunca llegará a lo más profundo de su personaje. La banal afirmación de que este o aquel biógrafo halló la «llave» a la vida de otra persona no es convincente. Somos demasiado complicados e inconsecuentes para que esto fuera verdad. Como mucho, el biógrafo puede aspirar a arrojar luz sobre ciertos aspectos de la vida que intenta desentrañar, llevar a cabo pesquisas que acaben configurando una imagen de su personaje y, así, contar una historia.

PATRICK FRENCH,
biógrafo de V. S. Naipaul

Lo primero que llama la atención es la sonrisa. Está en todas partes. Siempre. Como si este rostro nunca estuviera triste, preocupado, furioso. Cuando no exhibe su sonrisa, aparece reflexivo, concentrado. Preocupado. «¿Molesto?», preguntaba cada vez que se presentaba en la redacción de improviso, e incluso cuando estaba citado, al acercarse a una mesa o al entrar en un despacho. Y esbozaba una sonrisa tímida, como si pidiese perdón. Una sonrisa defensiva que dejaba la puerta abierta a la retirada.

Cuántas veces no habré oído decir que la esbozaba al saludar efusivamente a un amigo al que conocía desde hacía medio siglo, a una conocida a la que veía en contadas ocasiones, a un redactor jefe con el que debía negociar algo y a una estudiante que venía a enseñarle una tesina sobre su obra.

–Si es que es tan modesto.

–Siempre escucha con tanta atención.

–Oh, sí, somos muy amigos.

Todos sus interlocutores se llevaban esta impresión.

Por eso, en los comienzos de este viaje por su vida me sorprende que a algunos de sus viejos conocidos les cueste tanto extraer de la memoria anécdotas y situaciones, y que acaben el relato que espero antes de que empiece.

–Dios mío, nos conocimos durante décadas y sé tan poco de él, casi nada. ¡Qué triste!

Salían de cada uno de sus encuentros con la impresión de que habían mantenido una conversación fascinante e inolvidable. Ahora se dan cuenta de que eran ellos los que hablaban. Él permanecía callado. Y escuchaba.

–La sonrisa de la que me habla usted era una máscara que con el paso de los años se convirtió en su naturaleza – dice una vieja amiga que lo conocía realmente bien–. ¿Modesto? Otra máscara. Se pueden decir de él muchas cosas menos que fuera modesto. Se tenía en alta estima; era consciente de que tenía mucho que decir de cosas que otros ignoraban por completo.

Coincidimos en que la gente tomaba por modestia su talante bondadoso y deferente. Su falta de aires de superioridad.

Le digo a la amiga que no sé por dónde empezar mi relato sobre él; tal vez por mis cavilaciones en torno a su sonrisa. Porque si alguien tiene una misma sonrisa para todo el mundo, no puede tratarse de una mera deferencia, tiene que haber algo más, «¿no cree, señora?».

–Con la sonrisa desarmaba a todo el mundo que podía herirle. A aquellos soldados en África que le dejaban pasar a las zonas prohibidas cuando podían matarlo. A los mandamases del Partido que le firmaban permisos para viajar al extranjero. A los posibles envidiosos que no faltan en la profesión periodística. Investigue usted si no aprendió a sonreír así durante la guerra; si esa sonrisa no le salvó la vida.

–De acuerdo –dice uno de sus amigos más íntimos cuando le repito esta conversación–, pero ¿todo se reduce a esto? Siempre tuve la impresión –continúa– de que vivía en un mundo de misterios, que escondía muchos secretos; ante sus amigos, ante sus más allegados, ante él mismo. Sí, señor, también nos ocultamos cosas a nosotros mismos. ¿Qué secretos tenía? Personales, políticos, profesionales... Pese a la fama internacional, que en principio debería haberle dado alas y seguridad en sí mismo, algo le corroía. Yo

lo veía en su mirada, en su manera de andar; aquella sonrisa, aquella docilidad, aquella manera de hacer ver que todo el mundo le caía bien y de prestar oídos a todos, incluso a los que decían tonterías.

Los secretos de Ryszard Kapuściński. ¿Es así como debería titular este libro sobre el hombre llamado «el reportero del siglo xx», mi mentor y amigo –un amigo muy especial, próximo, mas no del todo– al que sólo ahora voy conociendo mejor (a menudo tengo esta impresión)?

Sí, mantuvimos muchas conversaciones a lo largo de los últimos nueve años de su vida, siempre en el reino de su buhardilla de la calle Prokuratorska, en el barrio varsoviano de Ochota. Lo visité allí al menos cien veces, pero entonces –cosa de la que sólo ahora me doy cuenta– llegué a conocer de pan Ryszard, luego Ryszard y finalmente Rysiek una parte mucho más pequeña de lo que creía. Hablábamos de nuestros respectivos viajes, pasados y futuros; de libros sabios y gobiernos tontos; de política y de las novedades en la redacción de nuestra *Gazeta*; de que jamás de los jamases se debe abandonar una pasión, por más que nos la intenten quitar de la cabeza. También sobre las personas: el maestro Kapuściński adoraba las chismorrerías.

Sin embargo, nunca le pregunté cómo se hacía carrera en la Polonia Popular; qué resortes había que tocar, a quién sonreír, qué precio había que pagar. Noté que no le gustaban las preguntas acerca de su pasado, y cuando la conversación derivaba irremisiblemente hacia este terreno, él cambiaba con habilidad de tema. Alguna que otra vez lanzó ideas como ésta: con o sin democracia, los conformismos y la manera de pensar gregaria son los mismos, por más que cambien los tiempos. No inquirí en qué lado había estado en los momentos clave de nuestra historia en el último medio siglo; qué había hecho, qué había pensado. Qué buscaba metiéndose en el Congo después del asesinato de

Lumumba, viajando al epicentro de la revolución en nombre de Alá o recorriendo la Polonia rebelada en la época del «carnaval» de 1980-1981; todo esto me parecía comprensible, aunque creo que ahora lo comprendo mejor. No le pregunté si en algún momento se había dejado llevar por la imaginación al describir algo, cosa que le habían reprochado algunos críticos extranjeros. Ni si se sentía realizado (me parecía que sí).

Ahora, cuando paso horas en su archivo privado, en bibliotecas y hemerotecas, cuando, siguiendo sus huellas, recorro África y América Latina, y, sobre todo, cuando hablo con sus amigos y conocidos que fueron testigos de muchos episodios de su vida, descubro a un Kapuściński que conocía poco y, a menudo, nada. Alguien que en algún momento lo hubiese visto y oído ¿daría crédito a que aquel hombre apacible y siempre sonriente hubiera sido capaz de agarrar por las solapas a un funcionario, arrinconarlo contra la pared y gritarle mientras lo zarandeaba: «¿Cómo te atreves, hijo de puta!»? (Volveré a esta historia más adelante.)

A menudo lo descubrimos juntos al intercambiar observaciones y al intentar definir cosas apenas presentidas. Todos mis interlocutores son en cierto grado coautores de este libro, aunque no estén de acuerdo, total o parcialmente, con su resultado final.

Algunos de ellos, que mantuvieron con él una relación tan próxima que conocían más de uno de sus secretos, me preguntan: «¿Será una biografía o una santa estampa?».

Una buena amiga suya, enamorada de él en su día, me dice:

–Espero que no esté usted escribiendo una hagiografía. Rysiek era un hombre maravilloso, de muchas facetas, a cuál más interesante: reportero, viajero, escritor, marido, padre. Amante. Un ser humano complejo al que tocó vivir

tiempos convulsos, en varias épocas y en mundos diferentes.

–Pierda cuidado. Le debo mucho, pero no participo en el «proceso de beatificación».

Nos sonreímos. ¿Acaso la admiración y la amistad deben matar el espíritu inquisitivo? Seguro que no ayudan. Sinceramente: tengo con ello un problema, y voy a tener que lidiar con él mientras escriba este libro.

Sigo buscando el tono de este relato y construyendo su armazón. ¿Acudirán en mi ayuda los recursos narrativos del maestro?

El mayor desorden reina en la enorme mesa redonda: fotografías de distintos tamaños, casetes [...]. Además, pósters, álbumes, discos y libros, comprados y regalados por la gente, toda una documentación de un tiempo [...]. Ahora, ante la perspectiva de tener que ponerlo todo en orden, me invade una gran desgana y un cansancio terrible. *[El Sha]*¹

En pos del ansiado orden, pues, he colocado sobre el antepecho de la ventana una veintena de archivadores con sus correspondientes etiquetas: «Pińsk y la guerra», «Instituto, universidad, las primeras poesías», «Unión de Juventudes de Polonia, Partido Obrero Unificado de Polonia, estalinismo y revisionismo»; un poco más allá, «Controversias africanas», «Ficción - No ficción» y otras. Antes de hacer la selección definitiva de notas, recortes y libros, echo una ojeada a las fotografías; suelo hacerlo casi siempre antes de ponerme a escribir un texto de cierta envergadura. La fotografía es capaz de tocar esa cuerda que la palabra no hace vibrar. (Caigo en una trampa: me doy cuenta de que Kapuściński seduce con su sonrisa también desde las fotos, y estar bajo el hechizo de la seducción tampoco favorece al espíritu inquisitivo.)

Me encuentro solo en una habitación vacía; echo un vistazo a las fotografías y notas que cubren la mesa, escucho las conversaciones grabadas en el magnetofón.

Intentaré empezar así:

1. Las referencias bibliográficas de las fuentes citadas constan en el apéndice que figura al final del libro. (Ésta y las demás notas a pie de página son de los traductores.)

DAGUERROTIPOS

Es una de sus últimas fotos. Kapuściński, sonriente como siempre, aparece rodeado por jóvenes de ambos sexos. Son alumnos del instituto Leonardo da Vinci y de la Universidad de Trento. La foto fue tomada el 17 de octubre de 2006 en el restaurante de un refugio de montaña cerca de Bolzano. Una de las presentes, Anna, le pide que responda a una pregunta personal, a lo que Kapuściński, con coquetería, le contesta que no hay nada que no se haya dicho ya, que ya se sabe todo. (Ahora, después de los casi tres años en que he viajado por su vida, sé que se han escrito muchas cosas sobre su obra, pero casi nada sobre él mismo.) La muchacha ha venido preparada: le cita una de sus poesías:

Sólo quienes se cubren con telas toscas
saben acoger
el sufrimiento del otro,
compartir su dolor.

y pregunta por qué se ha dedicado a escribir sobre los pobres. A lo que Kapuściński responde que en el mundo sólo vive un veinte por ciento de gente acomodada; el resto es gente pobre. Que ellos, los estudiantes, pertenecen a los elegidos, los privilegiados. Que viven en un paraíso que es inaccesible a la mayoría. Y comparte uno de sus descubrimientos: una persona no necesariamente es pobre porque pase hambre o no tenga bienes, sino porque la ignoran, la

desprecian. «La pobreza también es la imposibilidad de expresarse.» Por eso él habla en su nombre. Alguien tiene que hacerlo.

Es su última intervención pública hecha en clave de manifiesto prometeico. Por aquel entonces, en Kapuściński anidan ya el pesimismo y el presentimiento del próximo fin. Pocos días después rechaza la invitación de un amigo a tomar café con un par de personas, interesantes pero desconocidas. «Llega un momento en la vida en que ya no somos capaces de acoger rostros nuevos», anotará más tarde. Para acudir a la cita con los desconocidos, habría tenido que «amueblar la cara», pegarse la sonrisa, pero ya no tiene fuerzas ni ganas.

Otra foto, ésta tomada unos años antes, en 2003, en Oviedo. Kapuściński, más o menos en forma todavía, recibe el premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, llamado el Nobel del mundo hispánico (¡estaba orgulloso de él!). No cabe en sí de gozo; se siente realizado, reconocido. Cuando da las gracias al príncipe Felipe, a duras penas oculta la emoción. En el acta del jurado se dice que Kapuściński ha sido un modelo de reportero independiente; que durante medio siglo ha dado cuenta veraz, arriesgando la salud y la vida, de numerosos conflictos en diversos continentes. No falta un reconocimiento por su compromiso con los más desfavorecidos.

Su mayor orgullo residía en el hecho de que recibía el premio junto con el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez, uno de los padres de la teología de la liberación, defensor de los excluidos y crítico de las desigualdades sociales. En la época en que trabajaba para la PAP (Agencia Polaca de Prensa) en América Latina, el Kapuściński de treinta y pocos años estaba fascinado por aquella corriente teológica rebelde. Pero a Gutiérrez no lo había conocido entonces. A un corresponsal de la pobre Polonia socialista, con un presupuesto más que limitado, le debía de resultar imposible llegar a una estrella intelectual como Gutiérrez. Tres déca-

das más tarde recibía el premio junto con él, nada menos que uno de los héroes de sus fascinaciones juveniles.

Y ahora, fotos con los grandes de la pluma. Toda una serie con el Nobel García Márquez durante los talleres de Nuevo Periodismo Iberoamericano celebrados en México. García Márquez lo invitó a impartirlos en tanto que maestro del oficio de reportero. Recuerdo que Kapuściński insistió en que una de esas fotografías ilustrase la entrevista que le había hecho yo para la *Gazeta Wyborcza* en torno a los cambios que se operaban en América Latina; era para él tan importante que, al enterarse de que la foto no cabía en la página, estuvo a punto de retirar el texto poco antes del cierre de la edición. («¡Esta entrevista no vale nada! ¡A la papelería con ella si no se sabe con qué motivo viajé a México!», exclamaba como un niño con una rabieta. Sólo se calmó cuando le dije que junto a nuestra entrevista habría una nota sobre los talleres, ilustrada con una foto con García Márquez.)

Otra instantánea: cenando con Salman Rushdie; años ochenta, Nueva York o tal vez Londres. Después de leer el libro de Kapuściński sobre la guerra de Angola, Rushdie, fascinado por las descripciones de la ciudad de madera alejándose mar adentro, escribió que muchos reporteros habían mirado aquella ciudad, pero sólo Kapuściński la había visto. Lo llamó «descifrador» de un siglo oscuro y críptico.

Una de las fotografías llama mi atención no por ella misma sino por un texto ulterior relacionado con el momento en que fue tomada. La terraza de un café, San Sebastián, 1996. Kapuściński aparece junto con el teólogo y sacerdote Józef Tischner, el director de la *Gazeta Wyborcza*, Adam Michnik, y el corresponsal de la agencia EFE en Varsovia, Jorge Ruiz. Los cuatro participaban en los seminarios de la Universidad de Verano del País Vasco. Michnik escribió tras la muerte de Kapuściński que le había preguntado entonces cuándo había dejado de creer en el comunismo. Kapuściński le respondió que el año decisivo había sido 1956,